

LA MUJER DE CALIGULA  
Y EL  
MATRIMONIO DE MESALINA

V

LA MUJER DE CALÍGULA Y EL MATRIMONIO  
DE MESALINA

I

**M**UERTO Tiberio (37 d. J.), fué necesario buscar un sucesor, tarea poco fácil. Tiberio había adoptado en el testamento como hijos a Cayo Calígula, hijo de Germánico, y a Tiberio, hijo de su hijo Druso. Este último, que tenía diez y siete años, era demasiado joven. Calígula tenía veintisiete, y era, por tanto, muy joven todavía, aunque en rigor de los términos pudiera ser emperador; pero no gozaba de buena reputación. Además de él no había otro miembro de la familia con edad para gobernar más que Tiberio Claudio Nerón, hermano de Germánico, último superviviente de Druso y de Antonia, al que todos consideraban como a un tonto, blanco de las burlas de los libertos y de las mujeres,

al que no había habido medio, por torpe y ridículo, de hacer terminar la carrera de la magistratura. Por otra parte, no era siquiera senador. No pudiendo, pues, pensar en él, no quedaba más que Calígula, si no se quería salir de la familia de Augusto, lo que era preferible constitucionalmente, pero difícil políticamente, porque las provincias y los bárbaros de la Germania y los soldados de las legiones se habían acostumbrado a ver en esta familia el sostén del imperio. Las legiones, por el contrario, eran muy adictas a la memoria y a la descendencia de Druso y de Germánico, cuyas figuras, transfiguradas por la muerte, vivían en los espíritus de los soldados y reaparecían, reclamadas por sus discursos, en las largas veladas, a visitar los campos sobre el Rin y sobre el Danubio, testimonios un tiempo de sus empresas y de sus virtudes. Sobre la familia de Augusto se reconcentraba a la sazón la veneración que los ejércitos de los tiempos más remotos habían profesado a toda la nobleza romana. En tal dificultad, el Senado elige el mal menor: a Calígula y al hijo de Germánico.

Pero si no había sido fácil encontrar un emperador, la muerte de Tiberio había de demostrar por primera vez a Roma que era toda vía más difícil encontrar una emperatriz. Durante el gobierno de Augusto esta dignidad había sido ocupada con incomparable sabiduría por Livia. A Augusto había sucedido Tiberio, que después

de divorciarse de Julia no había vuelto a casarse, quedando, por tanto, un largo interregno mujeril, durante el cual no había pensado nadie si sería fácil o difícil encontrar en Roma una mujer que supiera suceder dignamente a Livia. La dificultad se presentó con Calígula, que a los veintisiete años no podía eludirla, como había hecho Tiberio, ya por ser cosa natural que a su edad sea un hombre casado, ya porque la *lex de maritandis ordinibus* le obligaba a él como a todos los senadores, ya porque el jefe de la república tuviera necesidad para cumplir sus deberes sociales de una esposa. Al funesto aislamiento de Tiberio contribuyó también su celibato. Sino que con Calígula se empieza a ver que encontrar una segunda Livia no era tan fácil; ¡eran tantas las cualidades que se requerían! Debía ser, en efecto, de estirpe nobilísima, procediendo de una de aquellas grandes familias romanas que escaseaban, se esterilizaban y se estragaban cada vez más de generación en generación, y lo que era peor, estaban divididas por odios ferocísimos; gravísima dificultad, porque emparentado con una de estas familias corría el peligro el emperador de enemistarse con todas las familias que fueran enemigas de aquélla. Había, además, de ser la emperatriz modelo de todas las virtudes: prolífica, para cumplir la *lex de maritandis ordinibus*; religiosa, casta y virtuosa, para no violar

la *lex de adulteriis*; sencilla y modesta en honor de la *lex sumptuaria*; había de saber administrar sabiamente la vasta casa del emperador, llena de siervos y de libertos, y ayudar al marido a cumplir todos los deberes sociales—recibimientos, comidas, fiestas—, que si eran gravosos para todo noble romano, lo eran muchísimo más para el jefe de la república. No podía, en fin, ser estúpida e ignorante. En efecto, desde este momento hasta la catástrofe de Nerón, las dificultades de la familia y de la autoridad imperial provinieron, más todavía que de los emperadores, de sus mujeres; de forma que puede decirse que las mujeres han sido, sin quererlo, la ruina de la casa Julio-Claudia.

En suma, la dificultad era grande y ni a propósito se hubiera encontrado hombre menos capaz de superarla que este jovencito de veintisiete años, elevado al imperio después de la muerte de Tiberio. Cuando fué elegido emperador estaba casado desde hacía cuatro años con una tal Ginnia Claudilla, dama que debía pertenecer a una de las grandes familias de Roma y en torno a la que no tenemos noticia alguna. No podemos, por tanto, decir si al lado de un segundo Augusto hubiera llegado a ser la nueva Livia; pero sí podemos en cambio asegurar que Calígula no era un segundo Augusto. Calígula no fué probablemente un loco tan frenético como el que pintan los escritores an-

tigos; pero fué, ciertamente, un hombre extravagante, desequilibrado, trastornado por un delirio de grandeza que el poder exaltó fácilmente por habersele conferido en edad demasiado joven y sin preparación. Durante muchos años, más que esperar suceder a Tiberio, temía Calígula seguir la suerte de su madre y de sus hermanos mayores; no ya soñar con la dignidad suprema; se hubiera conformado con la seguridad de no acabar desterrado en alguna isla desierta del Mediterráneo. Tanta fortuna, después de tan larga persecución, perturbó sus facultades mentales, ya vacilantes por naturaleza, y fomentó un delirio de grandeza que lanzó violentamente su espíritu fuera de la gran órbita histórica de la tradición romana en la que sus antecesores se habían empeñado en una equivocada carrera hacia Egipto. Calígula había ya mostrado una gran inclinación por las cosas y por los hombres de aquel lejano país tan admirado y tan temido por los romanos. Sabemos, por ejemplo, que todos sus servidores eran egipcios y que su liberto más fiel e influyente, Elicone, era alejandrino. Pero esta admiración por la tierra de los Ptolomeos y de los Faraones se encendió; poco después de su ascensión al Imperio, en un exotismo temerario que lo impulsó a volver las espaldas a la política de Tiberio y de Augusto para, sin ambages, restablecer, como modelo suyo, aquella de su bisabuelo

Marco Antonio, e introducir en Roma las ideas, las costumbres, las pompas, las instituciones de la monarquía faraónica y ptolemeica; hacer de su palacio una corte semejante a la de Alejandría; de su familia una familia semidivina y única, cual fuera la de los Ptolomeos, y de sí un rey adorado en carne y hueso como era costumbre en las orillas del Nilo.

Calígula estaba loco, sin duda; pero su locura hubiera parecido menos caótica e incomprensible y tal vez se hubiera encontrado el hilo y el sentido de sus accesos y de los desatinos de su espíritu turbado si se hubiera comprendido que, si no todas, muchas de sus locuras más famosas eran impulsadas e inspiradas por la idea monárquica y egipcia. En la locura de Calígula, como en la historia de Antonio y en la tragedia de Tiberio, se vuelve a encontrar todavía y siempre el conflicto ideal entre Italia y Oriente, entre Roma y Alejandría, que es la clave de toda la historia del último siglo de la república y del primer siglo del imperio. En efecto, vemos al nuevo emperador, apenas electo, introducir a Isis entre los cultos oficiales del Estado romano y asignarle una fiesta pública en el calendario; proteger, en suma, aquellos cultos egipcios tan fieramente combatidos por Tiberio, el «viejo romano». Le vemos prohibir la fiesta conmemorativa de la batalla de Azis, que se celebraba todos los años desde hacía un siglo; idea que de

pronto puede parecer extraña e insensata, y sin embargo, ni aun esta idea debe considerarse como puro capricho, ya que significaba la rehabilitación oficial de Marco Antonio, del bisabuelo que había intentado trasladar a Alejandría el imperio del gobierno de Roma; un medio de decir que Roma no debía ya vanagloriarse de haber humillado con las armas a Alejandría, puesto que de allí en adelante tendría que tomar para todo como modelo a Alejandría.

Parece ser que, inspirándose en ejemplos egipcios, trató de rodear de un respeto casi religioso, semejante a aquel que circundaba a la dinastía de los Ptolomeos, a toda su familia, a la misma que Tiberio, el republicano de viejo molde, había dejado de perseguir e infamar con procesos, diezmar con suicidios, impuestos por las envidias de la aristocracia, que no quería perdonarle su demasiado grande fortuna. No sólo se apresuró Calígula a recoger los restos de su madre Agripina y de su hermano para trasladarlos a Roma y depositarlos piadosamente en el sepulcro de Augusto, sino que prohibió que se nombrase entre sus antepasados al gran Agripa, constructor del panteón, porque su origen, demasiado oscuro, manchaba la pureza semidivina de la estirpe. Hizo conceder a su abuela Antonia, a la hija de Marco Antonio y fiel amiga de Tiberio, el título de Augusta y todos los privilegios de las Vestales; iguales pri-

villegios concedió a sus tres hermanas, Agripina, Drusila y Sivila, asignándoles en los juegos del circo un puesto igual al suyo, y logrando, en suma, que sus nombres fueran comprendidos en los votos que todos los años expresaban los magistrados y pontífices por la prosperidad del príncipe y del pueblo, y que se incluyera en los juramentos por la conservación de su poder un juramento también por su felicidad! De las persecuciones y humillaciones que la familia imperial había sufrido bajo Tiberio, las hermanas del emperador pasaban a los honores y privilegios divinos; novedad contraria al espíritu y a la tradición republicana, pero inspirada en los ejemplos y principios de las monarquías orientales; tránsito demasiado brusco que demuestra el temperamento violento y poco reflexivo del que lo quiso y lo impuso. No obstante, no hubo de momento protestas ni escándalo, ni nadie se lamentó de que en el palacio imperial, tan sencillo, severo, triste bajo Tiberio, irrumpieran en turba alegre los placeres, el lujo, las fiestas y todos los artesanos de la voluptuosidad, mímicos, cantores, actores, bailarines, zurradores, caballeros. El gobierno, avaro y triste, de Tiberio, los había cansado a todos. Calígula fué popular en los primeros meses y aún hubiera podido hacer cosas justas, buenas y útiles a las repúblicas si, tomando como modelo las ideas y costumbres egipcias, se hubiera contentado con

poner sus familias y sus mujeres al abrigo de un respeto que las protegiera contra las infames acusaciones y los inicuos procesos. En efecto, era absurda y peligrosa aquella contradicción de que durante el gobierno de Tiberio el emperador había sido revestido de extraordinarios poderes y hecho objeto de un respeto casi religioso; su familia, en cambio—y particularmente las mujeres—, fué puesta fuera de la ley y perseguida con mil insidias. Pero el lunático Calígula no era hombre para detenerse en los límites de la razón ni tampoco de un propósito sabio. El poder, la popularidad, las alabanzas exaltando su naturaleza bizarra e inclinada a los placeres se condensaron bien pronto, según parece, a fines del 37, en una idea que pareció a Roma una horrible impiedad. Muerta su mujer poco después de su asunción al poder, y teniendo que volver a casarse, anunció que desposaría a su hermana Drusilla. Los historiadores han juzgado este propósito como el perverso delirio de una desenfadada sensualidad. Tal locura era una enorme locura; pero tal vez fuera más que un monstruoso extravío de los sentidos una locura política, ya que pretendía trasladar a Roma los matrimonios dinásticos entre hermanos, que había sido constante tradición de los Ptolomeos y de los Faraones en Egipto. Claro que a nosotros, educados según las severas y austeras doctrinas que en esta materia he-

redó, purificando y haciendo más rigurosa lo más selecto de las ideas griegas, el cristianismo, estos incestos sagrados han de parecerse una horrible aberración. Sin embargo, en Egipto, en la más antigua civilización mediterránea, habían sido por los siglos privilegio soberano que acercaba las dinastías a los Dioses, conservándoles la pureza celestial de la sangre. Y tal vez estas costumbres, que subsistieron en Egipto hasta la caída de los Ptolomeos, eran restos de antiquísimos tiempos, ya que se encuentran vestigios hasta en la mitología griega: Júpiter y Juno, la augusta pareja del Olimpo, son hermano y hermana. Reducida tal vez poco a poco la expansión de esta costumbre a la civilización griega, fué desarraigada definitivamente de la cuenca mediterránea de Roma cuando destruyó el reino de los Ptolomeos.

¡Y he aquí al lunático Calígula queriendo de repente transplantar el incesto sagrado, con todo el aparato religioso de la monarquía egipcia, haciendo de la más ilustre y poderosa familia de la aristocracia romana una familia francamente divina, cuyos miembros habían de desposarse entre sí, para no enturbiar la celeste pureza de la sangre! La extravagante idea estaba ya madura en su cabeza y elegida ya la esposa entre sus tres hermanas en la persona de Drusilla, a fines de 37, como lo demuestra el testamento que, encontrándose enfermo, hizo a fines de dicho año,

por el que dejaba a Drusilla, no sólo sus bienes, sino también el imperio; como si el imperio fuera suyo. Pero apenas advertida su idea, la concordia y la paz, restablecida por un momento en la familia imperial con el advenimiento de Calígula, desaparecieron de nuevo. La abuela y las hermanas de Calígula eran romanas, romanamente educadas, y esta exótica locura no podía inspirarles más que un invencible horror. Fué un trastorno. ¿Se habían librado, pues, las desgraciadas hijas de Germánico de las persecuciones de Sciano y de su partido para caer en poder de los caprichos incestuosos de su hermano? En el 38, ya Calígula había roto con su abuela, a la que un año antes había hecho proclamar Augusta, y entre el 38 y 39 las catástrofes se sucedieron en la familia con pavorosa rapidez. Drusilla, a la que, como dice Suetonio, consideraba ya como a una esposa, murió de repente, muy joven todavía, no sabemos de qué enfermedad, tal vez espantada—no es temerario suponerlo—de la loca aventura a la que su hermano quería arrastrarla desposándola. Calígula hizo en seguida de ella una diosa, a la que debían tributársele honores en toda la ciudad; le erigió un templo; constituyó un cuerpo de veinte sacerdotes, hombres y mujeres; decretó que su natalicio fuese día de fiesta; quiso que la estatua de Venus sobre el Foro se le pareciera. Pero a medida que se enfervorizaba en esta adoración